

# 03 JOAN MANUEL SERRAT

## "Mediterráneo"

NOVELA-ZAFIRO  
1971



Si una voz define la palabra independencia en la música española, ésa es la de Joan Manuel Serrat. Aunque nunca haya sonado a pop ruidoso. Lo es por otras razones, como su compromiso nunca intermitente con la defensa de la libertad tanto de uno mismo como de los pueblos. "Si los perros corren libres, ¿por qué nosotros no bajamos por la ladera ondulada?", cantaba Bob Dylan en 1970. "Qué más da, qué más da aquí o allá", cantaba el Noi del Poble Sec en su disco de 1971. Harto ya de estar harto, el cantautor catalán declaraba con "Mediterráneo" la decisión de olvidar las patrias para dedicarse sólo a las personas, y en particular a las de mirada limpia, corazón sabio, humanidad latente.

Nacido en Barcelona en 1943, desde niño Joan Manuel sufrió la imposibilidad de vivir en paz, la presión del hambre, la persecución política y las miserias nacionales. Su familia fue de las que perdieron en la guerra. El padre fue anarquista, y la madre era del pueblo aragonés de Belchite, escenario en 1937 de una batalla —evocada por Serrat en "Camí avall", de "Com ho fa el vent" (69)— donde murieron, entre otros muchos, algunos miembros de su familia. Al tener una guitarra entre las manos, la que su padre le regaló al cumplir 16 años —como recuerda en su primer single, "Una guitarra" (65)—, Serrat pensó que tocar boleros de Machín sería un camino fácil hacia el culo de las chicas, pero también, en una nota precoz de sabiduría, que las canciones podrían salvarle del recuerdo y, con suerte, del futuro, a él y a los suyos. Ya en sus primeros singles se desborda el humanismo en cada surco, ajustado con ligereza en canciones heredadas no sólo del

bolero, sino también de la copla, la *chanson* y el rock.

Pese a su buena intención, así en lo ético como en lo estético, Serrat obtuvo tantos piropropos como críticas en sus primeros contactos con la fama en Cataluña, entre finales de los sesenta y principios de los setenta. En un momento en que España despertaba del letargo para empezar su camino hacia la democracia, se confundían las decisiones personales con las políticas y cualquier movimiento de una figura pública se percibía con mayor sensibilidad. Algunas de las críticas eran leves, como las de sentimentaloides, frívolo o cursi, pero otras tenían connotaciones más complejas.

El antiautoritarismo catalán, con la nova cançó como vehículo musical, censuraba su bilingüismo, el producto de una doble identidad familiar de la que Serrat no quería renegar, mientras que la izquierda ortodoxa en pleno criticaba su rechazo a una política con credenciales, su falta de carné. "No confundo la persona con el carné", le decía Serrat a la periodista Margarita Rivière en el recomendable libro "Serrat y su época" (El País-Aguilar, 1998). "La gente es gente sin necesidad de tener carnets que la acrediten. He trabajado en política sin formar parte de ninguna organización; mi sentimiento en cuanto a independencia no existe. Valoro mucho la independencia personal, una actitud que sólo sirve para cosas puntuales; es decir, para rechazar lo que no te gusta de la gente que lidera la idea de la cual eres partidario. La independencia es eso".

A las presiones en Cataluña hay que sumar otra españolista, producto de su rechazo a participar en el festival de Eurovisión de 1968 si no lo hacía cantando en catalán. La canción: "La, la, la", compuesta por el Dúo Dinámico, al final interpretada

victoriosamente por Massiel. Serrat, por su parte, se hizo con un veto de cinco años en la radio y la televisión públicas y una plaga de protestas, todas delirantes, que incluían piras populares de sus discos en mitad de la calle. "¿Cómo se puede hacer entender a un joven de hoy lo que supuso la represión que pasé por aquello de Eurovisión?", le preguntaba retóricamente a Rivière en el libro citado con anterioridad. "Es tan difícil que lo entiendan ahora como a mí me resulta imposible de entender la brutalidad de las trincheras en la guerra de 1914. Me lo puedo imaginar, pero ¿hasta qué punto?".

Cansado de preguntar al mundo por qué y por qué, el artista decide en 1970 poner rumbo a América Latina para una gira de cinco meses. El viaje le abre los ojos no sólo a la distancia entre el cariño de los sudamericanos hacia España y la frialdad española con Sudamérica, sino también a la posibilidad de una ciudadanía del mundo con la humanidad como único requisito. En una entrevista reciente para "Enderrock" (suplemento "Rockcol.lecció", octubre de 2003), Serrat declaraba lo siguiente: "Me siento cerca de la gente con la que tengo cosas en común, con la que tengo sentimientos a compartir y puntos de vista compatibles respecto de las cosas y de las personas, y no según el origen o la

melódicos de la precisión literaria de "Aquellas pequeñas cosas", "Pueblo blanco", "Lucía" o, claro, la titular, "Mediterráneo".

Aquel álbum mostraba a Serrat en estado puro, canción intensa e inquieta, importante. El disco era una interrogación sobre la identidad con la vida como respuesta. Su autor evadía lazos con cualquier territorio oficial al tiempo que reafirmaba su fidelidad a los montes, los ríos, el sol y el mar, subrayando su ambición de pasar el día con los sentidos y el corazón vibrando. No estamos ante excesos al servicio de la evasión, sino ante palabras sinceras de un hombre que reconoce cuáles son las cosas que hacen más libres, más completos, menos podridos. No busquen artificio porque sólo se darán de bruces con la sinceridad. Lo decía Vázquez Montalbán en un artículo para la revista "Mundo Joven" publicado en 1972: "En la canción de Serrat domina, por encima de todo, la sinceridad vital del personaje. Su canción no es una propuesta convencional adecuada al consumo sentimental del público. Es una declaración vital". En "Mediterráneo", sobre un fondo de sonoridad eufórica, canta Serrat: "Soy cantor, soy embustero / me gusta el juego y el vino / tengo alma de marinero...", y no puedes hacer otra cosa que creerle. Tanta pasión no suele arrojarse en balde.

## Nada puede con "Mediterráneo" porque este disco lo tiene todo: la vida, la muerte, la amistad, los montes, los ríos, el sol y el mar, y todo envuelto en melodías por las que merece la pena vivir

procedencia porque, como decía el sabio, 'de buena gente y de hijos de puta hay en todas partes'". Cuánta inteligencia tenía el sabio, la verdad es que sí. Y qué economía poética la suya.

Por suerte, el autor de "Mi niñez" (70) no se guardó la pena, sino que aprovechó para lanzar su más obstinado manifiesto de acracia hasta la fecha. En verano de 1971, Serrat aprovechaba toda la amargura para crear canciones llamadas a ocupar un puesto de renombre en la historia de la música popular española. Se retiró unos meses para descansar de sus problemas, a los que se unieron algunos con su representante, y emergió del túnel —donde algunos pensaron que quería quedarse para siempre, aunque no pasó del medio año— con canciones asombrosas que lograron sacudir, mover y conmover a toda una generación. Ni siquiera el veto de TVE y la ausencia de los temas en la radio pudieron impedir que "Mediterráneo" se convirtiera en el número uno de las listas y que las personas lo hicieran suyo. Nada ni nadie podía combatir auténticos delirios

Pero en este repertorio, la más representativa del modo de ser de Serrat, de su independencia, no es tanto "Mediterráneo" como la estupenda "Vagabundear". Prima hermana de "Com ho fa el vent", esa declaración de principios con que solía comenzar sus directos en los años setenta, expresa, bajo la influencia del poeta Joan Salvat-Papasseit, la necesidad de una formulación de la patria ajena a cadenas castigadoras: "Soy palomo torcaz / dejadme en paz / No me siento extranjero en ningún lugar / donde haya lumbre y vino tengo mi hogar / Y para no olvidarme de lo que fui / mi patria y mi guitarra las llevo en mí / Una es fuerte y fiel / la otra, un papel". Su sentimiento de derrota ante las incongruencias políticas es explícito en la única canción cuya letra no lleva su firma, una "Vencidos" basada en un poema de León Felipe inspirado, a su vez, en las peripecias de "El Quijote". "Hazme un sitio en tu montura / caballero derrotado / hazme un sitio en tu montura / que yo también voy cargado / de amargura / y no puedo

batallar". La canción habla de tú a tú tanto al español oprimido como al que, expelido por la circunstancia, pasa sus días en el exilio.

También grave, de fuerte resonancia social, es una "Pueblo blanco" que hace referencia a todos esos pueblos de España donde la inercia ha cegado a sus habitantes hasta hacerles cómplices de una situación trágica. Parece escrita para un pueblo de Almería, pero es extrapolable. El comentario sobre la realidad vuelve a surgir, aunque con menos fuerza, en "Qué va a ser de ti", enfrentamiento (sin ventaja moral para ninguna de las partes) entre una joven que decide irse de casa y su madre, que ahora es incapaz de vivir con cierta tranquilidad.

Como puede verse, la obra guarda un alto componente crítico y social, pero no deja de hacer hincapié en el Serrat más popular, el del culto a la nostalgia, el de las chicas guapas y los héroes raros. Dos canciones buscan oxígeno (y lo encuentran) en el reducto de la memoria. Una de ellas es "Barquito de papel", una sencilla y emotiva canción en torno a la grandeza de las ilusiones en la infancia que mereció una versión en portugués en la voz del propio Serrat en un disco, "Sinceramente teu" (86), al alimón con artistas brasileños como Maria Bethânia, Gal Costa, Caetano Veloso o Toquinho. La otra, corte ariete del álbum, es "Aquellas pequeñas cosas", hoy bastante más conocida para muchos en la versión que Ketama grabaron para el disco-homenaje "Serrat... eres único" (95), donde también participaron Juan Perro, Lole y Manuel, Rosario, Kiko Veneno o los añorados Enemigos. Precedente directo de "Una vieja canción", del álbum "Sombras de la China" (98), "Aquellas pequeñas cosas" habla sobre la vida de los objetos más allá de su supervivencia, de su acción sobre nuestras vidas incluso cuando ya no sirven. "Como un ladrón / te acechan detrás de la puerta / Te tienen tan a su merced / como hojas muertas / que el viento arrastra allá o aquí...". Lo único que podría mancillar el recuerdo de este clásico sería asociarlo con la imagen del propio Serrat cantándola, torso desnudo, en "Mi profesora favorita" (Jaime Camino, 1973), una de sus olvidables incursiones en el cine, junto con "Palabras de amor" (Antoni Ribas, 1968), "La larga agonía de los peces" (Francisco Rovira Beleta, 1970), "La ciutat cremada" (Antoni Ribas, 1976) y, aquí en un muy breve rol, "Jeremy (Concierto para dos)" (Jaime Oriol, 1982).

En "Mediterráneo" no hay "Penélope" ni "Helena", pero sí una chica todavía más importante para Serrat, "la más bella historia de amor que tuve y tendré". Hablamos de "Lucía", una de las canciones más emocionantes nunca escritas sobre el desamor, un lamento de amor y pérdida que



La época en que el noi del Poble Sec tocó el cielo.

ha surcado las generaciones para erigirse en un himno universal de corazones rotos. "No hay nada más bello / que lo que nunca he tenido / Nada más amado / que lo que perdí / Perdóname si / hoy busco en la arena / una luna llena / que arañaba el mar...", canta para dejar resuelto al oyente y, suponemos, indecisa a la tal Lucía. Puesto a reemplazarla, en "La mujer que yo quiero" elabora una divertida lista de los requisitos que debe cumplir cualquier pretendiente para alcanzar su corazón: "La mujer que yo quiero no necesita / bañarse cada noche en agua bendita / Tiene muchos defectos, dice mi madre / y demasiados huesos, dice mi padre / pero ella es más verdad que el pan y la tierra". ¿Qué más se puede añadir? Memorable. En ella, como en "Helena" o "Per al meu amic", unos coros femeninos de otra época suman entrañables aires *camp* a la canción.

Su predilección por hablar de personajes curiosos, a veces cerca de la desvalidez, actúa en "Tío Alberto", retrato de Alberto Puig Palau, un personaje de la aristocracia barcelonesa de entonces y un modelo de la

persona independiente, menos atenta a los vientos políticos que a la brisa marina, en la que se identifica Serrat: "Cató de todos los vinos / anduvo por mil caminos / y atracó de puerto en puerto / Entre la ruina y la riqueza / entre mentiras y promesas / aún sabe sonreír". Modelo para la ética serratiana, tan independiente, pero no para la progresía de la época.

Tan provocador era defender a Tío Alberto como defender a Miguel Hernández, el poeta perdedor de la guerra; justo lo que Serrat se propuso en 1972 en un desafío al veto que rozaba el intento de shock. El intento tuvo éxito y el de Barcelona se convirtió en un auténtico incordio para la dictadura. Su disco de 1975, "... Para piel de manzana", se vende casi de modo clandestino. Ese mismo año, tras declarar a la prensa de México su absoluto rechazo a la pena de muerte y a la violencia del régimen franquista, Serrat ya es persona non grata: una orden de arresto caería sobre él en caso de que decidiera volver a pisar el territorio español. Finalmente, la democracia trae el indulto para el artista, quien desde 1976 disfruta de

su profesión sin cortapisas, ofreciendo conciertos por España y por Iberoamérica sin parar, y publicando discos del notorio alcance de "Fa vint anys que tinc vint anys" (84), el idealista "Utopía" (92) o "Nadie es perfecto" (94).

Sin embargo, pese a su esforzada continuidad, los temas del disco "Mediterráneo" siguen brillando con un fulgor especial en la memoria colectiva. El testimonio de esa presencia: los temas más aplaudidos en la gira del disco "Serrat sinfónico" (2003), que sirvió de repaso a su carrera, son los de "Mediterráneo".

Nada puede con "Mediterráneo" porque este disco lo tiene todo: tiene la vida, la muerte, el amor, la amistad, los montes, los ríos, el sol y el mar, y todo envuelto en melodías por las que merece la pena vivir. Hay pocos discos, casi ninguno, que puedan convertirse en una auténtica razón para aguantar los días que quedan. "Mediterráneo" es uno de esos pocos: un disco inspirado, inspirador y, sí, independiente hasta la médula. El sonido de la libertad. JUAN MANUEL FREIRE